

Johann Spurzheim había abierto el armario interior ó caja que tenía en su confesionario.

Adentro era donde el oro había sonado.

Pero en vez de haber tomado oro de allí, Johann había sacado un objeto de bastante volúmen y de una forma singular. Era una especie de caja, terminada por un tubo de dos piés de longitud.

Johann comenzó á trabajar en un tornillo que estaba en el centro de la caja. Varias veces suspendió su tarea, para continuarla despues, por que la fatiga le agobiaba.

Al trabajar decía:

—Esas buenas gentes del ministerio van á quedar mañana muy sorprendidas, cuando les cuentes el contenido de esas piezas....

—Su excelencia tiene algo que decirme, le interrumpió el agente, que se enderezaba despues de haber apuntado el nombre de la casa en que vivian sus hijos.

—Nada!..... Podrás sacarle á eso todas las ventajas que quieras. A mí, camarada, á mí, director de la policía, es á quien esas piezas venian dirigidas.

—A vos, señor! exclamó el número 133 estupefacto; pues entonces.....

—Entonces, pobre hijo mio, esos tontos del ministerio van á quedar con un palmo de narices..... Ya tengo en mi poder á ese Brown y su falso diamante.

Había apoyado la caja contra su hombro; el tubo se dirigia hácia el pecho del agente.

Parecía, de veras, que el director de la policía le apuntaba al pobre hombre con aquel raro instrumento.

—Pues no es eso todo, dijo; además del dinero que voy á darte, y que has merecido tan bien, camarada, puedo darte una buena noticia....

Con su mano izquierda movía el oro en el fondo de la caja.

El agente se aproximó involuntariamente al oír aquel ruido.

El pobre hombre estaba muy conmovido. Una idea fija ocupaba todo su corazón.

Sus hijos! Aquel oro que sonaba era para sus hijos!

Para sus hijos, que se morían en la más horrible miseria!.....

—Ese David Heimer que aborreces, y que buscas, prosiguió Johann, está enfermo..... no tiene ya más que el aliento..... Te bastaría un soplo para aplastarlo!.....

—Sabeis en dónde está, señor?

—Está aquí, camarada..... á dos pasos de tí..... Yo soy!

El agente hizo un movimiento como para lanzarse.

Johann, sin variar la dirección de su estraña máquina, tiró de una lengüeta.

El agente cayó, llevando sus dos manos al pecho, y lanzando un débil grito, uno solo!

La máquina había producido un pequeño silbido, semejante al de una máquina neumática.

Un silencio de algunos instantes, silencio de muerte, puede decirse, reinó en el gabinete del director de la policía real.

Luego se oyó que suspiraba; y despues aquella risa estridente.

—Soy más fuerte que ellos! murmuró. Yo los enterraré á todos!...

X.

LA MULETA DEL SEÑOR JOHANN SPURZHEIM.

EL agente de policía número 133 había caído en el sitio mismo en que se hallaba cuando aquel misterioso rayo le había herido, es decir, entre el bufete de Johann Spurzheim, y aquel sillón monumental, que servía al propio tiempo de fortaleza contra los vientos colados y contra las miradas indiscretas.

Al cabo de algunos segundos, se hubiera podido ver aquella cabeza disecada del director de la policía real, salir poco á poco de entre las sombras, á dos piés de altura cuando más del suelo.

Johann se arrastraba sobre sus manos y sus rodillas.

La fatiga le hacía respirar con ruido.

La luz de la lámpara, que al presente caía de arriba á abajo sobre su cráneo calvo, dejaba percibir cierto matiz lívido y apergaminado, en el cual había manchas como de ceniza.

Era una cosa horrible á la vista.

A cada momento se detenía Johann para respirar, y el aliento parecía hervir en su garganta.

Al pasar, puso la mano sobre el corazón del agente.

—Está caliente, dijo, pero ya no late!

El agente había caído de lado. Tenía el rostro hacia arriba, y sus cabellos, erizados en el momento del dolor, yacían en desorden. Sus ojos estaban abiertos cuan grandes eran, y fijos, con una inmovilidad de muerte!

Johann le miraba de cerca.

—Sí! sí..... murmuró; este hombre está bien conservado. Con solo que hubiera levantado el dedo, me habría hecho pedazos..... á mí, que soy un agonizante..... Cómo no! cómo no!.....

Y se reía con fuerza.

—Pero hace ya tanto tiempo que dura mi agonía!..... exclamó; y van tantos hombres robustos á quienes he hecho tropezar á lo largo de mi camino!..... Quiero mejor mi enfermedad, que su salud!..... quiero mejor mi agonía, que su vida..... Así, como así, llegaré hasta los cien años!

Registró el bolsillo del agente, y sacó la cartera, que abrió.

De la cartera tomó algunos papeles, que recorrió con una mirada rápida.

—Ya veremos todo esto con la cabeza tranquila, pensaba; lo que es hoy, no tenemos tiempo!..... Bueno! Hé aquí este papel cogido en casa de Sansovina..... tomo mi bien en donde lo encuentro..... Y su diploma de agente, en dónde está?

Abrió los diversos bolsillos de la cartera.

El diploma del agente estaba en el último. No tenía nombre alguno, sino solamente el número 133, con la contraseña de la policía.

Johann se enderezó sobre sus rodillas, tomó la pluma, que estaba aún húmeda, pues la tinta no había tenido tiempo de secarse, é inscribió un nombre encima del número de orden.

Luego, colocó de nuevo el diploma en la cartera, con el alfabeto de Silencio y la traducción de las cartas firmadas por Brown. La cartera volvió á ser colocada en el bolsillo del pobre agente.

Johann, siempre arrodillado, empujó los piés del cadáver debajo de la mesa con sumo trabajo. Se vió obligado á tomar aliento cuatro ó cinco veces, para levantar la cortina desprendida por Pier Falcone, y cubrir con ella al muerto.

El lector se había imaginado tal vez, que Johann Spurzheim había hecho desclavar por puro capricho aquella cortina.

Pero podemos afirmar, que el director de la policía real nunca hacía las cosas sin objeto.

Cuando el cuerpo del agente número 133 hubo quedado oculto debajo de la cortina, Johann se quedó un momento tomando aliento.

Pero una mirada dirigida hácia el reloj, le recordó sin duda que no era tiempo aún de descansar, porque inmediatamente se puso á arrastrar hácia su sillón, con un nuevo esfuerzo.

Era un espectro infatigable.

Logró sentarse al fin en su sillón, é inmediatamente se apoderó de aquella extraña mecánica, rayo silencioso, que tan lijaramente había tendido á un hombre.

Al colocarla sobre sus rodillas, parecía tocarla con una especie de cariño.

—Se compran muy caros estos objetos curiosos y raros, murmuró, haciendo mover una pequeña palanca colocada en la parte posterior de la máquina. Esto no es una cosa que brilla; pero cuán útil!

La máquina rechinó bajo la presión de la palanca, poco mas ó menos con el mismo ruido que produce un molinito de café al morder los primeros granos.

—Es muy duro esto! dijo Johann, pero yo soy muy fuerte!

Sacó de su caja una bala de plomo, del calibre ordinario, y la introdujo en aquel apéndice estrecho y largo, que hemos comparado á un tubo.

La bala se deslizó con facilidad. El tubo era un cañón de carabina.

Había aún que hacer girar el tornillo central; pero las fuerzas de Johann Spurzheim estaban literalmente agotadas.

Intentó hacer un esfuerzo. Su mano tuvo que soltar el tornillo, mientras que de su pecho se exhalaba un ronco gemido.

Precisamente en aquel instante se dejó oír un ruido de pasos, como de muchas personas, en el corredor por donde el agente número 133 se había introducido á su gabinete.

Johann cogió con presteza el tornillo y lo movió; pero tuvo aún que soltarlo.

—No puedo mas! murmuró. Es un trabajo de gigante el que he ejecutado esta noche!..... No puedo mas!..... necesaria cuando menos una hora de descanso!

Oyó que se detenían en el corredor, del otro lado de la puerta; y luego, una voz que preguntó:

—Ante quién me conducís?

—Es él! dijo Johann intentando un esfuerzo supremo.

El tornillo no pudo dar ni una sola vuelta.

Y Johann pensaba:

—Es preciso, sin embargo, que yo esté á solas con él.
Golpearon la puerta. Debía ser una culata de fusil la que sonaba así contra la madera.

Antes de responder, Johann tuvo esta consoladora idea:

—Este, á lo menos, no está libre como el otro. este trae grillos en las manos. no puede amenazar siquiera.

Y pronunció en voz alta:

—Entrad!

La puerta se abrió en el momento en que el reloj marcaba las once y tres cuartos.

Había muchos hombres, entre los cuales se contaban cuatro soldados y un oficial.

Conducían á un desgraciado, que tenía pesados grillos en las manos y un anillo de hierro en la garganta del pié derecho.

—Esto no es el ministerio! pronunció el preso con una voz lamentable; no quiero hablarle mas que al ministro ó al rey.

—Diríase que me huele este querido Felice Tavola! se dijo á si mismo Johann, recobrando su diabólica sonrisa. Tiene miedo. Tanto mejor! Por otra parte, el teniente es ambicioso y se acordará de mis instrucciones!

—El ministerio de Estado ha cambiado de lugar hace algun tiempo, pronunció el teniente con soga. Vamos, señor baron, ruego humildemente á vuesaencia que tenga la bondad de entrar!

Dicho esto, le hizo brutalmente, y por fuerza, atravesar el umbral de la puerta.

El prisionero resistía lo mejor que podia.

—Protesto! exclamó éste. Delante de cualquiera otra persona que no sean el ministro ó el rey, guardaré silencio, aun cuando me den tormento!

—Me huele! me huele! murmuró amablemente Johann; lo que es la simpatía!

—Su señoría está ahí? dijo en este momento el oficial.

—Sí! respondió Johann disfrazando la voz.

—En nombre de Dios, decídme en casa de quién estoy! volvió á exclamar Felice Tavola, á quien los soldados empujaban hácia la mesa.

Cuando estuvo en la mitad de la pieza, en un lugar en que Johann Spurzheim pudiese percibirlo, quedando él, por su parte, protegido por las paredes de su sillón, el rostro del jefe de la policía se tranquilizó.

Aun cuando el baron de Altamonte hubiera sido fuerte como diez hércules, no habria podido libertarse de aquellos enormes grillos de hierro que le oprimian los puños de las manos.

Nada mas que por la eleccion de estos grillos, el teniente merecia el grado de capitán.

Altamonte, por su parte, lanzó una mirada aguda hácia la sombra del confesonario; pero sus ojos, deslumbrados por el resplandor de la lámpara, no percibieron mas que tinieblas impenetrables.

—Monseñor quiere—preguntó el teniente—que permanezcamos junto á él, ó que hagamos centinela fuera de la puerta?

—Fuera de la puerta, respondió Johann.

El baron de Altamonte, al oír aquellas palabras, bajó la cabeza, y no volvió á tomarse el trabajo de protestar.

—Ha reconocido mi voz! pensó Johann. Está haciendo su acto de contrición! pobre amigo!

Aquel teniente, de veras merecia ser elevado al grado de capitán! Despues de haber empujado á su prisionero hasta junto á la pesada y maciza mesa que servía de bufete á Johann, pasó una fuerte cuerda por el anillo de hierro que entorpecía el pié del preso, y lo ató á uno de los barrotes de la mesa.

—Monseñor, dijo al levantarse, despues de haber practicado aquella operación, acordaos de que estamos aquí junto, detrás de la puerta, en el corredor. A la menor señal nos vereis acudir.

Este hombre, añadió apoyando su mano sobre la espalda del prisionero; este hombre es el Porporato. Como sus compañeros no lo venían á libertar, ha pedido hacer algunas revelaciones, con tal de que se le perdone la vida. Que Dios guarde á vuesaencia!

Y salió con los alcaides y llaveros de la cárcel, y con los soldados que habían traído al baron de Altamonte.

Este era un hermoso bandido de treinta y cinco ó cuarenta años. Bien habían podido tomarle por un noble y cumplido caballero en la corte de Nápoles. Entre los *Cavalieri Ferrai*, antes de la llegada del caballero de Athol, que se había hecho su dueño soberano, Felice Tavola poseía una influencia igual á la del mismo David Heimer.

Eran, por lo mismo, enemigos.

Cuando la puerta exterior quedó cerrada detrás del teniente y los soldados, Felice Tavola dijo sin levantar la cabeza:

—Ya sé que estás ahí, David! Me has hecho caer en el lazo; mátameme sin hacerme padecer; es cuanto te pido.

Johann tosió un poco y respondió, burlándose:

—No tienes alguna revelacion importante que hacerme, mi pobre Felice Tavola! No quereis, ilustre baron de Altamonte, hacer saber al ministro de Estado, mi jefe, ó al rey, mi amo, por mi conducto indigno, que un pícaro ha usurpado su confianza, y que la policía napolitana está en manos de un bandido?

—Mátame! dijo el caballero herrero.

—Y cómo podría hacerlo yo, baron, amigo mio? replicó Johann. No tengo brazos, ni piernas, tú lo sabes bien!..... Cuántas veces te has reído, despues de beber, llamándome cadáver..... Ay, Tavola, compañero mio..... el verdugo es el que va á cojer tu cabeza!..... tu cabeza llena de fuerza, de vida, de inteligencia..... mientras que yo, el moribundo, el cadáver, me quedaré en este valle de lágrimas, en donde te prometo rezar muy devotamente por tu alma!

—Mátame! pronunció por la tercera vez el prisionero.

—De lo que depende nuestra vida! dijo con unción el director de la policía real. En vano están ligadas tus manos..... con solo que pudieras dar un paso, me aplastarias con tu peso..... Estoy aquí sin defensa, lo sabes bien; como el enfermo en su lecho, como el niño en su cuna..... No tendria siquiera tiempo de pedir auxilio, porque tú estás lleno de fuerza, Felice..... Y jamas te he visto tan bello, tan hermoso como hoy.

—No eres un hombre, David! gruñó el prisionero rechinando los dientes; eres un tigre!

—De lo que depende nuestra vida, Felice, mi querido hermano.... Si hubieras permanecido cinco minutos mas en tu calabozo, en este momento estarias libre!..... Beldemonio, ese loco que tiene alas cuando quiere, ha escalado las murallas del Castel-Vecchio!

—Es posible! exclamó Tavola; y yo que lo acusaba!.....

—Quiero darte ese gusto, hermano mio, de que le hagas justicia antes de morir..... Ha hecho cuanto ha podido..... Ese jóven héroe Beldemonio ha llegado hasta la ventana de tu calabozo, en medio de los mas grandes peligros..... Aserró los hierros de la ventana, y se introdujo en tu prision.....

Felice prorumpió en un rugido de furor.

Pero no sé yo cómo dar idea de esto: aquel rugido era un poco forzado.

Hubiérase dicho que era ese estertor dramático que todos los cómicos hallan en el fondo de su pecho, en el quinto acto de un drama; ese estertor tradicional que hace estremecer al auditorio.

Johann debió haber puesto atención en aquel rugido. Shakspeare decia: "Bien rugido, león!" él no hubiera podido decir: Bien rugido!

Johann triunfaba, y nada hay tan peligroso como creer en el triunfo.

—No halló nada en vuestro calabozo, señor baron de Altamonte, prosiguió. Habíais recibido hacia un cuarto de hora mi carta, en que se os ofrecia salvaros la vida.....

—Tú eres quién me escribió, David Heimer?

—Y quién otro mejor que yo hubiera podido hallar el lado débil de tu armadura, ilustre baron?

Las manos de Felice Tavola se crisparon.

Cómo se reía Johann Spurzheim!

—Pues vaya otra cosa, prosiguió; yo necesitaba, no solo tu muerte, mi querido hermano..... necesitaba tambien perder á ese jóven héroe Beldemonio.... Ahora bien, me conocen envidioso y maligno.... quién no tiene sus defectillos, en esta vida de imperfecciones y de miseria?..... Saben que ese Beldemonio hace mas que molestarte..... me oprime..... Toda denuncia anónima, me la achacarian á mí, es evidente..... Me he arreglado, pues, querido hermano, para que la denuncia tuviera una firma, y para que esa firma sea la vuestra.

—Seríais capaz de haber falsificado mi letra!.....

—Pouah! las falsificaciones se descubren siempre..... cuento vivir mucho tiempo, hermano mio, á pesar de todo, y quiero gozar de tranquilidad durante mis últimos años.... No! no hay falsificación.... á lo menos, como lo entendeis vos..... Leed esto, os ruego:

Alargó su mano, y presentó ante la luz una hoja de papel, que contenia estos signos:

E²T² L²AA³ NRL³T³CACN;
E²T² L³T²A³LN.

Felice Tavola leyó, sin vacilar, acostumbrado como estaba á aquellos caracteres:

Me han olvidado; me vengo.

Luego añadió:

—Qué quiere decir esto?

—Reflexionad, mi estimado hermano..... Los prisioneros todos tienen las mismas debilidades..... Como no tienen nadie con quien platicar, charlan sobre las paredes de su prision..... Eso los distrae!

—Yo no he escrito nada sobre las paredes de mi calabozo! dijo Felice Tavola.

—Y sin embargo, nuestro Beldemonio ha encontrado allí algo.

Felice Tavola se puso pálido, y esta vez sí era de verdadero furor.

—Ah! cómo quisieras tener ahora las manos libres, mi querido hermano! dijo Johann.

—Infame!..... infame malvado! rugió el prisionero.

—Nuestro amigo Beldemonio ha encontrado allí esta inscripción, prosiguió alegremente Johann; de manera, que cuando tú hayas muerto, y sepan sus secretos, el mas hermoso de los *Cavalieri Ferrai* dirá:

Ese miserable de Tavola es el que me ha traicionado!..... Qué tal te parece esta combinacion, hijo mio?

Johann acababa de hacer esta pregunta con un tono meloso y burlesco, cuando esperiméntó el mas grande asombro que hubiera sufrido en su vida

Era una cosa increíble!

El rostro del prisionero, un momento antes trastornado por la rábida impotente, se serenaba poco á poco.

Parecía que le iba á acometer un ataque irresistible de risa.

A veces viene así la locura.

Johann se preguntaba si su querido hermano se volvía loco.

No tenía aún miedo, sin embargo.

Si se hubiera acordado siquiera de ese rugido que no había sonado bien un poco antes, debería haber tenido miedo.

Felice Tavola lo miraba fijamente.

A pesar de la certidumbre que Johann tenía tocante á la imposibilidad en que el prisionero, colocado en plena luz, estaba de verlo en el fondo de sus sombras, aquella mirada le irritaba y le molestaba.

Instintivamente tomó aquella máquina, que había silbado en el momento en que el agente número 133 cayó muerto.

Felice Tavola le miraba incesantemente, y una risa muda fruncía sus lábios.

—David Heimer—dijo al fin sin moverse de su lugar, pero enderezando su elevada estatura—eres un curioso pícaro..... Deveras que no te aborrezco... como no aborrezco á la víbora, que mata al morder, porque Dios ha puesto veneno en sus colmillos..... pero el artículo 7 de la regla dice: "Todo Caballero Herrero que descubra una traicion, dará muerte al traidor." Tú has traicionado; voy á matarte!

Aquello tenía el aire de una extravagante fanfarronada.

El corredor estaba lleno de guardias, y el prisionero, atado de un pié, tenía las dos manos engrilladas.

Pero había en su rostro una espresion tal de seguridad, que Johann reunió todo su aliento para pedir socorro.

—No grites! exclamó Felice Tavola, que le adivinó. Tú mismo lo acabas de decir; si tuviera yo las manos libres, ó si á lo menos pudiera yo dar un paso, no tendrían tiempo de venir á auxiliarte..... Estás sin defensa, como un enfermo en su lecho, como un niño en la cuna.... son tus propias palabras!..... Te aplastaría con solo mi peso.

Tavola hizo un brusco movimiento. Los dos grillos de acero, llamados vulgarmente esposas, que circundaban los puños de sus manos, cayeron hechos pedazos al propio tiempo.....

Estaban limados de antemano.

Johann se oprimió el corazón, porque se sentía desfallecer. No gritó.

Tavola tomó un rico puñal que estaba sobre el bufete sirviendo de pesapapeles, y cortó la cuerda con que estaba atada su pierna.

Hubiérase dicho que Johann estaba muerto en su sillón.

Ya no hacía ningún movimiento, ni se oía su aliento.

El prisionero dió un paso hácia Johann.

Entonces, una voz lamentable salió de entre las sombras.

—Ten piedad de mí, Felice, mi buen hermano! suplicaba el director de la policía. He hecho mal en jugar con la inquietud de un amigo....

Pero no creías tú mis tontas chanzas, verdad?..... Sabías bien que al poner los piés aquí, debías considerarte libre?

—Cállate! le mandó Tavola; me causas asco y disgusto!

—Oh! hermano muy querido! exclamó Johann; no puedo, sin embargo, dejarte en ese fatal error.....

—Cállate!..... Solo un medio te queda para no hacer ese salto de pulga que te separa del infierno, en donde está tu lugar apartado..... es conducirme á través de tu casa, hasta la puerta del jardín que dá al vicoletto Ognissanti..... Levántate y marcha!

Johann lanzó un gemido. Parecíase al grito que se escapa á la debilidad en un esfuerzo supremo.

—No puedo levantarme, ni marchar, respondió con una voz apagada, pero un poco menos alterada ya por el espanto; tú lo sabes bien.... nadie ignora el miserable estado en que estoy..... Por el santo nombre de Dios que nos juzga! no es que yo quiera rehusarme, Felice, mi antiguo compañero..... Acércate, cójeme en tus brazos..... tu marcharás por mí y yo te guiaré.

—Habeis llamado, señor director? dijo detrás de la puerta la voz del teniente que quería ser capitán.

—Responde! le mandó Tavola.

—No! muchacho, no! contestó en efecto Johann Spurzheim; estaos ahí quieto.

El prisionero estaba frente al sillón.

—Qué cosa es eso? preguntó, viendo el objeto que Johann tenía en la mano.

—Tienes miedo de un impotente? dijo Johann riéndose. No tengas cuidado, Felice, amigo mio..... es mi muleta..... Mira, esto se pone debajo del brazo, de este modo..... como si fuera un fusil.... esto es para ayudar á la criatura mas miserable que haya en el mundo.... me sirve para arrastrarme en el interior de mis aposentos.... Mira, Felice..... el extremo que está cerca de tu pecho toca el suelo.....

lo..... lo he mandado hacer de metal, para que muerda y no se resbale.....

—Démonos prisa! le interrumpió Tavola, quien abrió los brazos para levantarlo, como estaba convenido.

Y se oyó por la segunda vez aquel silbido sordo y siniestro.

El prisionero vaciló; se llevó las dos manos al corazón, y cayó, quedando su cabeza encima del cadáver del agente.

—Qué tienes, Felice, amigo mio!..... dijo Johann, temiendo que no estuviera muerto.

Y se deslizó hasta él.

Cuando las cortas convulsiones del prisionero hubieron cesado, dijo Johann:

—Sí!..... sí!..... he mandado hacer esto de metal para que muerda!.....

XI.

LA CALLE OSCURA.

JOHANN había emprendido un inmenso trabajo, y era levantar la cabeza del baron de Altamonte, para correr la cortina que había quedado atorada debajo, y cubrir el nuevo cadáver.

Había cogido con ambas manos la abundante cabellera del muerto, y su pecho se estremecía con el esfuerzo, cortándole la respiración.

El sudor corría por su frente; pero estaba alegre.

—Está bien! murmuraba, no soy yo muy robusto.... Pero de qué le sirve su vigor?... los he ido venciendo á unos despues de otros..... caen por hileras, como los castillos de barajas..... He tendido á este

en duelo, se puede decir!..... Qué famoso golpe!..... La bala debió atravesarle el corazón!

La cortina fué al fin desprendida. Puso á Tavola, su querido hermano, bajo la cortina misma que al pobre diablo número 133; y se levantó añadiendo:

—He estado á punto, sin embargo, de no poder darle vuelta á ese maldito tornillo..... será preciso que le ponga yo aceite!

—No se pasa! pronunció distintamente hácia afuera la voz del soldado que sin duda estaba de centinela en el extremo de la calle.

Johann puso atención, para percibir la respuesta.

No hubo respuesta.

—Ahora, vamos con el otro! dijo arrastrándose hasta su sillón; y luego dirán que no soy un hombre ocupado!..... Ah! la pobre Bárbara sí que me comprendía..... Estoy triste, pensando que no le contaré ya todo lo que he hecho esta noche.... Voy á sentirla mucho!

Se interrumpió, y añadió, burlándose de sus víctimas, como era su costumbre:

—Pero cómo es que mi pobre Bárbara, que era bruja, no previó lo que le iba á suceder esta noche!

Se acarició la barba, sonriéndose a pesar de su melancolía.

Nos vemos obligados á dejar por un instante el gabinete en que el señor Johann Spurzheim había empleado tan activamente su tiempo, para ir á ver lo que pasaba en la calle, entre el centinela y ese recién venido, cuya presencia parecía aguardar también el terrible director de la policía real.

Tal vez la muleta iba á silbar y á lanzar un rayo mortal por la tercera vez.

Era una curiosidad aquella muleta. Las fabrican en Roma, desde en tiempo de Cosme Libarius, quien envió el primer fusil de viento al príncipe Condé, en tiempo de Enrique IV.

Las carabinas de viento, de procedencia romana, se cargan de aire por el efecto combinado de una manija de tornillo, y de una palanca, que producen el efecto de una bomba aspirante.

El hombre á quien el soldado acababa de decir: No se pasa! descendía de un rico y elegante carruaje, tirado por dos hermosísimos caballos franceses. El carruaje se había detenido á unos cincuenta pasos de allí, delante de la puerta principal de la casa del señor director.

La calle estrecha y larga, á la cual hemos dado ya un vistazo y en cuyo extremo brillaba un reverbero, no era, se entiende, la entrada principal.

No era ni aun el tránsito habitual de los empleados. Los antiguos propietarios de la casa habian hecho taladrar aquella calle, á través de diversos edificios que caian hácia la plaza, para el servicio de un salon particular de baños, del cual habia hecho Johann Spurzheim su gabinete.

Varias puertas, que comunicaban con las oficinas, se abrian, sin embargo, hácia esta calle.

Corria el rumor en Nápoles, que muchos grandes señores entraban, cuando la noche estaba ya muy avanzada, en aquella oscura calle, é iban á platicar en particular con el señor Johann.

Se hablaba de furibundas palizas aplicadas á algunos curiosos imperitinentes que se habian deslizado por allí, con el objeto de ver ó de adivinar algo.

Era necesario, para pasar por allí, una contraseña ó un número de orden.

La imaginacion napolitana, que no anda con piés de plomo cuando se trata de inventar raras circunstancias, habia poblado aquella calle, de trampas, de lazos, de peligros y de obstáculos de toda clase.

Como estaba aquello tan oscuro al medio dia como á media noche, y como nunca, lo que se entiende nunca, se habia visto brillar allí una luz, los mas audaces curiosos no se habian atrevido á convencerse de los peligros de semejante escursion.

Miraban al pasar, y como no se veia nada, la imaginacion creaba una multitud de cosas.

El coche se habia quedado estacionado frente á la puerta principal.

El dueño se habia dirigido á grandes pasos hácia la calle oscura. El cochero y el mozo de estribo, robusto moceton vestido de un modo extravagante, familiarmente agarrados del brazo, habian entrado en las oficinas de la policia.

El amo usaba un traje, que no pegaba bien con tan espléndido tren. Llevaba los calzoni rojos y anchos de los pescadores, cinturón, y camisa con las mangas recogidas.

Ningun sombrero ó gorra ocultaba sus hermosos cabellos rubios, con reflejos rojizos, que parecian modestamente alisados detrás de las orejas.

Tal era, si recordamos bien, el traje que Beldemonio llevaba bajo la sotana que tomó en la boardilla de aquellos dos pobres niños á quienes impidió morir; la sotana del *santito*, de ese precioso *padrecito* que

tenia la costumbre de ir á velar á los enfermos todas las noches al hospital.

Para descubrir el engaño, el buen teniente suizo no hubiera tenido que hacer mas que abrir la sotana.

Pero nunca se puede pensar en todo!

El dueño del coche se introducía en la calle sombría, oscura, sembrada de peligros, que conducía al gabinete del señor Johann Spurzheim.

Su traje no contribuía ciertamente á darle el aspecto de un gran señor; y sin embargo, tenia un aire noble y altivo, á pesar de sus mangas de camisa remangadas, y sus calzoni de pescador.

Sea que no conociese los decantados peligros de la calle oscura, ó sea que los despreciase, lo hubiéscis visto entrar por allí sin titubear y con un paso rápido.

No anduvo mucho. Un mosquete le detuvo, casi al principio de su marcha.

—Quién vive? preguntó el hombre vestido de pescador.

El soldado, que habia cruzado su mosquete para impedirle el paso, se puso á reir.

—Yo soy quien deberia dirigirte esa pregunta, compadre! le dijo.

—Me espera el director de la policia.

—Es muy posible; pero nosotros tenemos nuestra consigna.

Beldemonio le cogió el fusil, y quiso hacerlo á un lado.

Al ruido de la lucha, cuatro ó cinco culatas de fusil sonaron bruscamente sobre las losas de la calle; y entonces fué cuando el teniente gritó con una voz fuerte:

—No se pasa!

Beldemonio soltó el fusil, que estaba ya casi en su poder, y preguntó:

—Quién manda aquí?

Todas aquellas gentes, estacionadas en la galeria hacia ya una media hora, tenían la vista acostumbrada á la oscuridad. Podian, pues, distinguir el traje del recién venido, y lo tomaban por un hombre del pueblo entrado ahí por error, ó cuando mas por algun agente muy subalterno.

—Cómo se entiende! dijo insolentemente el teniente que queria ser capitán; este haragan no se permite dirigirnos preguntas?

Beldemonio, por el contrario, no veía en torno suyo mas que tinieblas espesas.

—Sois vos el jefe? replicó con una voz que no pegaba bien con su traje. Acercaos..... tengo que hablaros.....

—Sabes tú quien soy yo, patán! exclamó el oficial con cólera.

—Creo reconocer la voz del teniente Spinosa, dijo Beldemonio; tengo que hablarle de lo que ha pasado la noche última entre el teatro de

San Fernando y la puerta de Capua..... Si el teniente Spinosa lo desea, diré esas cosas en voz alta!

No tan solo el teniente Spinosa queria ser capitán, sino que tambien parece que no estaba en sus intereses que se charlase de lo que habia pasado la noche anterior entre la puerta de Capua y el teatro de San Fernando.

Hizo abrirse á los soldados á derecha é izquierda, para aproximarse al recién venido.

Los soldados y los alcaides se preguntaban entre sí, en voz baja:

—Qué seria lo que pasó anoche?

—Por qué el teniente quiere hacer de ello un misterio!

En el entretanto, el teniente se habia aproximado al pescador.

Le cogió un brazo y se lo estrechó con fuerza.

—Quien quiera que seas..... comenzó.

El brazo se zafó de su mano.

Una mano pesó sobre su espalda.

Una voz altiva pronunció entre las tinieblas:

—Os aconsejo que no perdais el respeto!

Todos oyeron esto.

Todos los oidos se abrieron ávidamente.

A menos que no fuese aquello una estravagancia de ébrio, qué significaban tan estrañas palabras?

Un hombre que se parecia á un pescador del puerto, ó á un cargador del muelle, y que le aconsejaba á Spinosa, un teniente de la guardia real, que no perdiera el respeto!

Y esto, con una calma tan llena de autoridad, que el teniente, jóven oficial de parada, de una proverbial impertinencia, se quedó mudo y cortado delante de él.

Hubo un momento de silencio.

El recién venido se inclinó hácia el oido de Spinosa, y pronunció una palabra.

Una sola palabra, segun toda apariencia, porque inmediatamente se le vió enderezarse.

Spinosa llevó con rapidez la mano á su shakó.

—Alteza!..... murmuró.

—Silencio! le interrumpió Beldemonio.

Pero el efecto estaba producido. Los criados de la cárcel y los soldados, habian oido que le llamaban *alteza*.

Cada uno de ellos se inclinaba hácia adelante, y hacia vanos esfuerzos por ver su rostro.

Qué alteza era esa, que venia así de noche á atravesar la calle amenazadora que conducia al gabinete privado de Johann Spurzheim?

—Dejad franco el paso! mandó el teniente.

Obedecieron, y todos guardaron silencio.

Beldemonio pasó por entre dos hileras inmóviles, que no podia adivinar sino por el ruido contenido de las respiraciones.

Cuando llegó á la puerta del gabinete, se volvió y dijo:

—Está bien, teniente Spinosa, oireis hablar de mí..... Podeis retiraros.....

—Señor..... respondió el oficial con embarazo; mis órdenes me prohiben.....

Beldemonio abrió la puerta bruscamente.

—Johann Spurzheim, pronunció en voz alta, tened la bondad de mandar á esos hombres que se retiren!

Inmediatamente, la voz dulzona y cascada del director se elevó.

—Retiraos, amigos míos, dijo; ya no se tiene necesidad de vosotros.

—Pero..... dijo Spinosa, el prisionero.....

—El prisionero está en lugar seguro..... y acordaos, teniente, de que yo debo cuenta de mis acciones al rey tan solo!

Spinosa se habia adelantado hasta la puerta, y lanzado una mirada rápida al interior del gabinete.

Habia visto bien que el prisionero ya no estaba allí.

—De frente, marchen! mandó.

Los soldados atravesaron la calle en silencio.

No llegaban aún al extremo opuesto, cuando el teniente, incapaz de contenerse, murmuraba entre dientes:

—Porporato debe estar lejos, si corre todavía.....

—Cómo! exclamaron todos; pensais.....

—Valientes! dijo el teniente; no tengo muchas ganas de acabar mis días en una fortaleza austriaca.... No nos mezclemos en esas cosas!

Se callaron todos. Pero el teniente murmuraba de tiempo en tiempo:

—Ah!..... si el rey supiera..... si el rey supiera.....

Beldemonio habia entrado al gabinete, cerrando tras sí la puerta y corriendo además el cerrojo.

Atravesó la pieza con un paso rápido.

De ordinario—lo hemos dicho ya varias veces—los que platicaban con Johann Spurzheim no lo veian nunca.

Ora fuese de noche, ora fuese de dia, siempre era lo mismo.

De noche, la lámpara estaba colocada de manera que la luz no penetrase dentro del confesonario, mientras que caía á plomo, bañando le rostro de la persona que hablaba con el señor director de la policía.

De día se obtenía el mismo resultado, por el modo como el sillón estaba colocado respecto á las ventanas, que no dejaban entrar mucha luz que digamos.

Parece que Beldemonio no gustaba que las cosas pasaran así.

Al llegar junto á la mesa tomó la lámpara, y la colocó precisamente enfrente de la abertura del confesonario.

La luz fué á herir de lleno el rostro de Spurzheim, que parpadeó penosamente, como un tecolote sorprendido en su agujero por un rayo de sol.

Beldemonio se sentó frente á él, con la espalda vuelta á la luz.

Los papeles se habian cambiado en todo, así como las posturas.

Por esta vez, no fué el director de la policía el que interrogó.

—Por qué no estás en tu lecho, David Heimer? le preguntó.

—Maestro, respondió Johann con respeto, pero con calma; sabía que debíais venir.

—Quién te habia dicho que yo debia venir?

—El cálculo no está prohibido á los miembros de la asociación, me parece..... Estoy muy enfermo, pero tengo buena la cabeza....

—Estás verdaderamente muy enfermo, David Heimer? pronunció con ese tono que toma uno para dirigirse á sí mismo preguntas en la soledad.

—En el tiempo en que os llamábais el caballero de Athol, señor, replicó Johann, nos encontramos dos veces..... Habríais creído entonces que viviría los tres ó cuatro meses que han pasado de esa ocasion á acá?

—No por cierto..... dijo Beldemonio.

Johann Spurzheim se sonrió de una manera triste.

—Los que desean mi muerte, murmuró, no tendrán tiempo de impacientarse.

Se interrumpió, y cambió de tono.

—Pero no puedo creer que vos deseéis mi muerte, señor; vos, que conocéis tan bien mi afecto y mi fidelidad!

Tuvo un leve ataque de tos.

Beldemonio lo miró de hito en hito.

No se podía experimentar mas que piedad hacia aquella miserable y débil criatura, cuyo lábio parecia siempre dispuesto á dejar escapar el último aliento.

Y era en verdad un contraste penoso ver aquel cadáver animado de

un resto de vida, frente á aquel noble y brillante tipo de la belleza italiana, el caballero de Athol, ó Beldemonio, como queráis llamarlo.

O el Porporato, porque tambien tenia este nombre temible.

Vestido de aquel modo, solamente con una camisa que su sudor empapaba, con unos calzones anchos y un cinturón de lana, Beldemonio no tenia que envidiar los mas opulentos trajes.

Sus formas se presentaban en toda su viril perfeccion, así como todas las gracias de su juventud. Iluminado de aquel modo por detrás, su finísimo talle parecia tener apenas veinte años.

Era necesario, para figurárselo hombre formado ya, medir con la vista el desarrollo de sus sienes, admirar la forma viril y llena de sus espaldas, oír, sobre todo, el tono masculino y sonoro de su voz.

—Si deseara yo tu muerte, David Heimer..... comenzó.

No acabó.

—Cumpliríais fácilmente vuestro deseo, no es verdad, maestro? dijo Johann en voz baja.

Beldemonio apartó de él los ojos con una especie de disgusto.

Hizo mal, porque en aquel instante Johann clavaba en él una mirada de serpiente.

—Maestro, prosiguió el director de la policía; queria deciros esto, que es la pura y sencilla verdad..... habia calculado que la asociación tendria necesidad de mí esta noche.

—Creías, pues, que no saldría yo bien en mi empresa?

—Vuestra empresa, señor, podia no salir bien..... los sucesos lo han probado.

—Y atribuyes tú—á tí te lo pregunto, Johann Spurzheim—ese mal éxito á la casualidad?

—Solo la casualidad, maestro, puede ser mas fuerte que el Porporato!

Contra su propia voluntad, habia un acento de sarcasmo en su respuesta.

Beldemonio fijó en él su mirada.

—Sabias tú que habian cambiado el calabozo de Felice? preguntó.

—Si señor.

—Y fuiste tú quién me mandó avisar?

—Maestro, sabeis bien que fuí yo.

—Sabias tú que le habian llevado proposiciones de perdon á su calabozo?

—Por mi honor, exclamó Johann, lo ignoraba.

—Por tu honor! repitió Beldemonio amargamente. Quiero creerte, David..... Reflexiona solamente en una cosa: si puedes ignorar tú semejantes cosas, es peligroso para la asociación contar contigo!

—Sois muy severo, maestro.....

—Soy justo.

—El estado de enfermedad en que me hallo.....

—No es un enfermo el que necesitamos en el puesto que ocupas.

Las lívidas mejillas de Johann se animaron imperceptiblemente. Sus ojos se cerraron por un instante, y sus labios temblaron.

Sin embargo, respondió con calma:

—Maestro, hago lo mas que puedo..... Si conoceis alguno mas hábil y mas activo que yo, estoy dispuesto á cederle el puesto.

—Ya veremos eso, David, pronunció friamente Beldemonio. No hay peligro en la demora..... no te creó bastante loco para luchar conmigo..... Cada día tiene su tarea, hablemos de la de hoy..... Por la puerta de tu jardín es por donde has hecho evadir á Felice Tavola?

—No señor, contestó Johann, cuya voz se debilitó un poco.

—Le dijiste, interrogó de nuevo Athol, que la barca de Sansovina tuvo que cambiar de lugar, y que actualmente está estacionada en la Chiaja, frente á la tumba de Virgilio?

—No señor, replicó por segunda vez Johann; no he tenido necesidad de decírselo.

—Lo sabia?

—Lo ignoro.

—Qué quiere decir todo esto! exclamó Beldemonio, fijando en él una mirada llena de sospechas é inquietud. Le habria sucedido alguna desgracia á Felice?

—Maestro, pronunció Johann Spurzheim lentamente y con la cabeza alta; Felice Tavola ha muerto!

XII.

LOS DOS CADAVERES.

BELDEMONIO no aguardaba aquello. El anuncio de esa muerte le causó una violenta impresion. Se puso pálido por un momento, y luego se le hincharon las venas de la frente.

—Lo has hecho asesinar! pronunció tan bajo, que Johann tuvo trabajos para oirlo.

La cólera de aquel hombre era terrible. Pero Johann Spurzheim, esa debilísima criatura que la muerte tenia ya entre sus garras, podía desplegar en ciertos momentos una sangre fria de héroe, y un valor prodigioso.

—Os equivocais, maestro! dijo tranquilamente.

—Sabias que lo amaba..... que era mi brazo derecho y mi mejor confidente.....

—Sí, maestro, lo sabia yo..... lo sabiamos todos.

—Vas á decirme..... ya te adivino, David Heimer..... vas á decirme que los soldados de la guardia no han traído aquí mas que un cadáver.

Johann se sonrió de una manera desdeñosa.

—No estais hoy de vena para adivinar, señor, dijo cruzando sus brazos sobre su escuálido pecho. Felice Tavola llegó vivo á este aposento, y como yo no he hecho mas que mi deber, no tengo que buscar subterfugios.... Felice Tavola ha muerto aquí, en el mismo lugar en que vos estais!

Beldemonio no pudo contener un ligero estremecimiento.

—Muerto!..... quién le ha dado muerte? preguntó.

—Yo!

Era aquello una cosa tan inverosímil, que Athol vaciló en creerlo. Tavola, un jóven vigoroso, ágil, valiente, muerto por aquel viejo agonizante!

Athol consideraba aquellos brazos de esqueleto, y aquel pobre pecho hueco, que se fatigaba al menor esfuerzo.

Se le ocurrió una idea.

—Estaba encadenado! dijo.

—Nuevo error, maestro! replicó Johann Spurzheim; las limas inglesas enviadas por vos, habian servido para aserrar sus grillos; tenia las manos libres.

Su dedo estendido señalaba la mesa. Athol pudo, en efecto, ver ahí los grillos hechos pedazos.

Mientras que guardaba silencio, Johann replicó:

—El artículo 7 de la regla manda á todo caballero, que haga justicia por su mano, cuando haya traicion.

Beldemonio tenia los ojos bajos, y parecia hundido en una profunda meditacion.

—No he descargado el golpe, añadió Johann, sino en el momento en que Felice Tavola, traidor á sus hermanos, me ha probado que queria revelar tambien los secretos del Gran Maestro.